



Fundación de la Ciudad de Puebla

Siendo Obispo de la ciudad de Tlaxcala, Fray Julián Garcés, soñó en varias ocasiones con un bello valle en el que cruzaban tres ríos, con árboles y montañas, en el cual bajaban los ángeles del cielo y tendían sus hilos de oro y plata y trazaban una ciudad.

Al despertar, contó su visión del sueño e invitó a sus compañeros, los frailes a que fueran a localizar tan maravilloso lugar. Emprendieron camino, hasta encontrarlo.

Con gran gozo al identificarlo dijo: ¡Éste es el lugar que en mis sueños señalaron los ángeles! Y allí se fundó la bella ciudad de Puebla.

Fundación de la Catedral

Cuenta la leyenda de la fundación de la catedral, que para finalizar la construcción los hombres pasaron 30 días tratando de subir la campana a la torre izquierda, sin embargo esta era muy pesada por lo que no habían tenido éxito. Una noche, mientras el guardia dormía unos ángeles bajaron del cielo para subir la campana a su torres izquierda.

A la mañana siguiente se escuchó la campana sonar, y cuando salieron vieron que estas habían sido colocadas en la torre.

China Poblana

Mujer legendaria considerada por muchos como la china poblana. Su leyenda comenzó cuando Mirra, hija del príncipe del gran Mongol, fue raptada por bucaneros chinos en la ciudad amurallada de Delhi. Fue vendida a los piratas portugueses que la trasladaron a Manila, donde fue adquirida por el virrey de la nueva España, Diego Carrillo Mendoza y Pimentel, marqués de Gelves, quien solicitó a su amigo, el capitán y mercader Miguel Sosa fuera a recibirla al puerto de Acapulco.

La partida presurosa del marqués del Gelves obligó al capitán Sosa a llevar a la princesa a la ciudad de Puebla, en marzo de 1624. Fue bautizada con el nombre de Catarina de San Juan y puesta bajo el cuidado de Sor María de Jesús Tomelín, maestra de novicias, para que recibiera la educación cristiana en el convento de las monjas concepcionistas.

Catarina despreció la riqueza material, para consagrarse de lleno a la religión, su muerte ocurrió en la casa del capitán Hipólito del Castillo y la multitud acudió a venerar sus restos, depositados en una bóveda del presbítero del templo de la compañía.



Casa del que mato al animal

En la época de la colonia, se decía que del volcán La Malinche bajaba una criatura enorme que mataba a las personas y causaba grandes daños.

Un niño, hijo de don Pedro Carvajal, salió de su casa para jugar en el bosque, entonces fue atacado por este animal y devorado en el acto.

Don Pedro Carvajal, indignado y triste por el acontecimiento, decidió ofrecer una recompensa a quien matara a la bestia. Un joven soldado se ofreció para matar al animal.

Hubo un terrible combate entre la bestia y el soldado, quien estaba en desventaja. Después de una sangrienta lucha el hombre salió victorioso. Las autoridades lo premiaron con títulos de nobleza.

Tiempo después, el valiente soldado conquistó el corazón de la hija de don Pedro y se casó con la hermosa dama. El padre, orgulloso y contento, les dio la casa que hoy se encuentra en la avenida 3 Oriente con el número 301 (ahora oficinas de Organización Editorial Mexicana).

En la entrada principal se puede ver grabado en la piedra al soldado luchando contra el animal.

Casa de los muñecos

La leyenda en sí, es sencilla y breve. La narración se complementa con los hechos reales, históricos, y con los personajes que se citan en ella. Era Don Agustín de Ovando y Villavicencio un angelopolitano distinguido, influyente y poderoso entre las autoridades eclesiásticas y civiles de la Angelópolis y uno de los habitantes de la Intendencia de Puebla más ricos, dueño de muchas casas de gran valor y propietario de de algunas haciendas sureñas de Acatlán.

Era señor de abolengo, descendiente y heredero de la casa hispánica de los De Ovando; que lucía escudo labrado en piedra en la parte alta del ancho y alto zaguán del edificio virreinal. Don Agustín era de presentación física notable que contribuía a hacer su “ego” orgulloso, intolerante, despótico y grosero ante los poderosos y qué decir ante los plebeyos.

En el año de 1773, fue designado miembro del Cabildo Civil de la Puebla y en el mismo año, Alcalde; cargo que por segunda vez desempeñó en 1791. Posteriormente obtuvo el título de “Regidor Honorario Perpetuo”.



Conocía a la perfección todas las ordenanzas, edictos, disposiciones, etc., que se aplicaban para el buen administrar y gobernar a la población y sus habitantes; sin embargo era más sorprendente el conocimiento y exacto juicio que tenía de sus colaboradores, los ediles.

De gran ingenio innato, irónico y festivo, Don Agustín criticaba todo y a todos, ponía apodos, endilgaba hechos, cuentos y anécdotas humillantes; era, en la voz del pueblo, un fastidioso.

En todo el virreinato en la Nueva España se había establecido que las Casas Consistoriales, llamadas también Casas de Consejo, Casa del Cabildo y desde 1714 llamadas como Palacio Municipal, fueran las principales casas en cada ciudad y las más altas, significando esto el rango y autoridad.

Don Agustín de Ovando y Villavicencio había sido nombrado por la ciudad al darle a una calle y al puente cercano de su residencia su nombre, y el nombramiento de “Regidor Jubilado”. Él sabía muy bien, conocía en todo su valor la tradicional condición de que la Casa de Cabildo debía ser la más alta de la ciudad; pero considerándose muy poderoso, retando a la autoridad, mandó a construir, a la vuelta del Palacio Municipal, una casa de tres pisos que sobrepujaba la altura de éste.

El Cabildo Civil, al darse cuenta de que el edificio estaba por concluirse con mayor altura que la del Palacio, ordenó a su propietario don Agustín de Ovando, que suspendiera la obra y derrumbara el tercer piso. Éste no hizo caso alguno, pero la autoridad suspendió los trabajos con fuerza policíaca.

Intervino, en acción conciliatoria el Intendente, sin resultado alguno. El Ayuntamiento y De Ovando acudieron al Virrey. Para éste, el asunto le trajo grave conflicto en cuanto a que el apellido De Ovando pesaba mucho en la Corte, pero al fin se decidió por dar su apoyo a la autoridad angelopolitana.

De Ovando, que sentía menguado su orgullo y menospreciado su poder, se fue a la Metrópoli; allá, valiéndose de sus relaciones, que eran muchas, y de fuertes influencias logró que el Monarca concediera el permiso para que su edificio se terminara sobrepujando la altura del Palacio Municipal, echando por tierra la arcaica tradición de la exclusividad de altura en los edificios virreinales.

Pero Don Agustín había sido avergonzado, estaba adolorido por haberse atropellado su orgullo de gran señor y sobre todo muy resentido con los concejales metropolitanos, a quienes conocía perfectamente, hasta en sus costumbres íntimas, pues fueron sus compañeros de Cabildo. Para vengarse de ellos mandó hacer en Valencia sendos tableros de azulejos, con caricaturas de cada uno de ellos, satirizándolos en actitudes grotescas. Era su vergüenza.



Al regresar, triunfante, a la Angelópolis, mandó empotrar esos tableros en la fachada del edificio motivo del pleito del que no hay ningún documento que lo compruebe, surgiendo así la leyenda de la cual se obtiene una conclusión: Don Agustín de Ovando y Villavicencio legó a la ciudad de Puebla las primeras caricaturas conocidas posiblemente en nuestra nación que datan de la época del Virreinato.

El señor de las maravillas

Cuenta la leyenda que una señora a quien tenía a su esposo en la cárcel y le llevaba diario de comer, un día que iba pasando por las rejas de la misma encuentra a un prisionero que no tenía familiares para que les llevaran de comer. Esta buena señora se compadeció de él y desde entonces le daba también a él de comer. El esposo supo por otros medios y muy mal tergiversados de que ella lo engañaba. Un día en que la esposa iba a llevarles de comer, el señor la sujetó con un puñal pidiéndole que le enseñara lo que traía en el canasto, y esta dijo que traía maravillas (esta es una flor que se da en Puebla) y se encomendó a Cristo Jesús. Entonces abre el canasto y ve que la comida se había transformado en flores.

Mole Poblano

Durante la época colonial el convento de Santa Rosa fue famosa por sus esquisitos platillos, producto de la habilidad de Sor Andrea de la Asunción.

Cuenta la leyenda que cierta vez el virrey visitó la ciudad y sor Andrea quiso prepararle un guiso especial, nunca antes saboreado, aunque la inspiración divina que hacia gala en ella aun no aparecía.

Un día, después de comulgar, con el rostro iluminado corrió hacia la cocina. De varios frascos tomó chile ancho, mulato, chipotle y pasilla, tostándolos en una casuela con manteca. En otro comal tostó también el ajonjolí, mezclando todo perfectamente con clavo, pimienta, cacahuates, canela, almendras, anís y comino, agregando dos tablillas de chocolate.

Por otra parte machacó jitomates, cebolla y ajos asados, juntando todas las especies con los chiles y unas tortillas duras. Acto seguido se arrodillo ante el negro metate y con alegría empezó a moler los ingredientes. Al verla en el metate la madre sacristana exclamo: ¡Hay madre mía, y que bien mole su reverencia!, así nació el nombre de este guiso.



Chiles en Nogada

Fue creado en Puebla por monjas Agustinas como un homenaje a don Agustín de Iturbide cuando volvía de firmar en Córdoba, Veracruz, la Independencia de México.

Según la tradición, el local donde se agasajó a don Agustín de Iturbide en su onomástico (28 de agosto, día de San Agustín) fue engalanado con los tres colores de la naciente bandera mexicana ideada por el propio personaje: blanco (religión), verde (independencia) y rojo (unión).

Cuenta la leyenda que las monjas de Puebla, contagiadas del espíritu y el fervor patrio que reinaba en esos días, decidieron preparar un platillo que contuviera los tres colores de la bandera y mezclaron los sabores dulce y salado con más de veinte ingredientes, naciendo de esta forma los chiles en nogada.